

para los reyes, los girondinos y los dantonistas, pues desde la muerte de éstos se había trasladado á extramuros á la barrera del trono porque el centro de París ya no podía sufrirla, sino porque de esta suerte se le hacía pasar por delante de la casa cuya familia le había recibido como un hijo, en casa de Duplay cuya hija mayor, su prometida, llevó el luto de su memoria toda su vida muriendo en edad muy avanzada, en cuyo punto se hizo pasar la fúnebre carreta que llevaba á los dos hermanos y á Coffinhal poco menos que moribundos, para que el populacho bailara allí á su alrededor una *carmagnole*.

Saint-Just, ni un solo momento mostró la menor irritación. Frio é impassible como siempre, aquella cabeza que tan erguida llevaba, la encontró Samson, el verdugo, que tantas no menos ilustres que aquélla había segado, tan altanera como siempre.

Veintidos fueron las víctimas del 28 de Julio; Cothon, los dos Robespierres, Hanriot, Saint-Just, Dumas, Payan, el alcalde de París Fleuriot-Lescot y otros.

Al otro día, 11 thermidor, se guillotiné en masa toda la Comuna, setenta personas.

«El terror parecía que no había hecho más que cambiar de manos.

»Por contrario que uno sea de Robespierre, se siente, cuando desaparece, en la revolución un vacío inmenso. Siéntese cerrar una gran fase de la historia, la fase de esos cinco prodigiosos años que valen siglos, como él mismo había dicho, durante los cuales se habían sucedido varias generaciones de tribunos y de grandes jefes revolucionarios; sólo él, siempre en su puesto, inmutable, habiéndose presentado desde la primera hora fué el último en caer. Compréndese perfectamente que para muchos patriotas hubiera personificado la misma revolución y que muchos creyeran que ésta moría con él.

»Robespierre nació bueno, y se perdió, no por sus vicios, ni por vulgares tentaciones, sino por el orgullo. Él, hombre religioso, había olvidado que el orgullo era el pecado supremo de las antiguas reli-

giones: el pecado del hombre que se cree infalible, que se hace Dios.

»Este hombre que ha cometido tan horribles injusticias, creía, sin embargo, en Dios, en la moral, en el derecho, imaginábase ser, como lo ha dicho el convencional Bailleux, «una criatura privilegiada, un sér puesto en el mundo para ser su regenerador y maestro,» así entendía estar consagrado á la fundación de una sociedad escogida y libre. Pero se sería tan injusto con él como él lo fué con otros, si le confundiéramos con esos ambiciosos sin fe, sin ideal, sin noción del deber, que no creen más que en la fatalidad, á la que llaman «su estrella,» desprecian la especie humana y sacrifican en los campos de batalla generaciones enteras á sus egoístas satisfacciones y á sus caprichos.

»¿Qué habría sucedido si Robespierre hubiese triunfado? Sin duda hubiera destruido sus adversarios y humillado la Convención; pero nunca jamás hubiese hecho aceptar pacíficamente á Francia ese régimen de convento democrático que Saint-Just le llevaba á exagerar más allá de sus propias ideas.

»Si un medio hubiese tenido para asegurarse durante cierto tiempo el poder, medio para Robespierre personalmente imposible, pero apto para Saint-Just, y que consistía en arrojar la Francia armada sobre Europa, para vivir, espada en mano, á sus expensas, pues Francia no podía sostener por mucho tiempo más sus catorce ejércitos con sus asignados que nadie quería y su comercio arruinado.

»Pero en este caso, la dictadura de Robespierre, de ese teórico fatigado por la idea y por la fuerza, había de ser absorbida necesariamente por la de Saint-Just, el hombre de acción y de combate.

»Si hubiese vencido Saint-Just, tal vez no hubiese venido Napoleon; Saint-Just habría intentado una república á la romana, ó mejor, espartana, de la misma manera que Napoleon intentó un imperio romano. Esta república hubiera sido tan extraña al verdadero genio de Francia y á las tendencias de la Europa moderna, como lo fué el imperio, y hubiera caído todavía más aprisa de lo que cayó el imperio.»—MARTÍN.



## CAPITULO XII

### CAIDA DE LOS JACOBINOS

Júbilo con que es acogida la muerte de Robespierre.—Créese terminado el terror.—Asombro de los comités.—Actitud de la Convención.—Prisión de Fouquier-Tinville.—Reorganizan los comités.—Misión que le impuso la Convención.—Fatal organización del gobierno.—Incompatibilidades.—Freron y Tallien: Teresa Cabarrus.—Pídese en la Convención que se proteja á los patriotas.—Respuesta de Tallien.—Imprudente actitud de los jacobinos.—Lecoindre acusa á seis individuos de los comités.—Apóyale Tallien.—Resultados.—La montaña creyéndose vencedora renueva la cuestión.—Billaud y sus colegas dimiten.—Dimiten también Tallien y Lecoindre.—Los jacobinos rayan de sus listas á Tallien y Freron.—Renúvase el ataque con motivo del proceso de los nanteses.—Merlin de Thionville pide que se cierra el club de los Jacobinos.—Collot pide que sean encarcelados de nuevo los que salieron de las cárceles el 9 thermidor.—Lindet predica la concordia y pide una amnistía.—Legendre reproduce la acusación.—Cambon defiende á Barere.—Es rechazada nuevamente la acusación.—Carnot, Lindet y Prieur, se retiran.—Continúa el terror en Nantes.—Merlin lo denuncia.—Decreta la Convención prohibir la filiación de los clubs.—Acusación de Carrier.—Pídese la reintegración de los setenta y tres diputados suspensos por haber protestado contra el 31 de Mayo.—Opónense Tallien y Thuriot.—Ley de garantías para el procesamiento de los diputados.—Insurrección de Babeuf.—Carrier ante el Tribunal Revolucionario.—Billaud alienta á los jacobinos á la resistencia.—Denuncia Bentabolle á la Convención.—La juventud dorada ataca á los jacobinos.—Llévase la cuestión á la Asamblea.—Ciérrase el club de los Jacobinos.—Proceso de Carrier.—Revélanse los sucesos de Bedoin.—Lecoindre vuelve á la acusación de los terroristas de los comités.—Acéptase la proposición.—Ofrécese una amnistía á los vendeanos: Carnot ponente.—Reintégrase á los setenta y tres diputados.—Gregoire presenta una instancia de Lanjuinais pidiendo su reintegración.—Decreta la Convención en contra.—Ejecución de Carrier.—Decrétase el procesamiento de Collot y Herbois, Billaud-Varennes y Vadier.—Dudas é incertidumbres para el porvenir



UN cuando al caer Robespierre no caía nada más que su cabeza y la de algunos amigos suyos, el pueblo parisién, lo mismo que Francia entera, creía que había caído todo un sistema de gobierno, el Terror, de aquí que nadie respetara el dolor de aquel hombre, y que durante toda la noche del 9 thermidor y durante todo el día siguiente fueron para París verdaderos días de júbilo y de esperanza. Y en efecto, Legendre y Merlin de Thionville, Freron y Tallien abrían las puertas á centenares de detenidos. ¿Con qué autorización? Con la que se tomaban. De modo que

estos hombres que pocos meses antes prendían y encarcelaban arbitrariamente revestidos de un poder legal, ahora ilegalmente ponían en libertad á quien bien les parecía con no menos arbitrariedad. Es decir, que el régimen arbitrario quedaba en pié. El terror era, pues, aún posible.

Los restos de los comités, Billaud, Barere y el mismo Carnot presenciaban estupefactos aquel júbilo, aquellos hechos y aquellas esperanzas. ¿Qué había sucedido? Para ellos nada, fuera de la desaparición de algunos facciosos. Ellos eran gobierno como antes, y lo que es más, querían gobernar



como antes. Billaud protestó indignado de la suspensión de los trabajos del Tribunal Revolucionario. Tratóse en su consecuencia de su reorganización, pero apenas hubo pronunciado Barere el nombre de Fouquier-Tinville para el cargo de acusador público, un grito de indignación se levantó contra la Asamblea, y no sólo no fué nombrado Fouquier, sino que se decretó su acusación criminal, y lo mismo sucedió con Lebon, amigo de Robespierre y que había mandado en el Norte como un verdadero procónsul.



VILLARET-JOYEUSE

fensores. Sin embargo, Bourdon del Oise consiguió que se decretase que no se condenaría á muerte por traición ó contrarrevolución á nadie, como no quedase su crimen bien probado.

Pero todo esto no era bastante para aterrar la terrible máquina de gobierno que iba de la plaza de la Revolución á la barrera del trono. Para conseguirlo redujéronse los comités revolucionarios de París de cuarenta y ocho á doce; se anuló á propuesta de Bourdon los cuarenta sueldos que se daba á los ciudadanos que asistían á las asambleas de las secciones, con esto se desbandaban las fuerzas asalariadas, se suprimió el cargo de comandante general de la guardia nacional; y se dispuso que turnasen en el mando los comandantes de distrito cada cinco días, y en fin, las autoridades locales y sociedades políticas sospechosas lo mismo de París que de provincias fueran suspendidas ó disueltas.

Reorganizóse el Comité de salvación pública y resultaron nombrados dos ardientes jacobinos Laloí y Eschassériaux, dos dantonistas Thuriot y Tallien, y dos antiguos miembros del primer comité, Breard y Treilhard. A este comité se le impuso por misión terminar los excesos de la tiranía, pero sin cambiar de sistema de gobierno, y al Tribunal Revolucionario reorganizado, se le mandó que continuara aplicando las leyes de esa misma tiranía que se quería destruir, salvo las de 22 prairal que hacían facultativa la prueba por testigos y suprimía los de-

Todo esto era inevitable y no estaba fuera de razón. No sé debía dejar en pié los instrumentos de la tiranía si se había derribado al tirano. Pero en lo que se procedió sin tino fué para anular la acción política del comité, disponer que éste se renovara por mitad todos los meses, no pudiendo ser reelegida la mitad que salía sino un mes después, y la declaración de que la Convención era el centro único del gobierno, á cuyo efecto se distribuían sus miembros en diez y seis comisiones ó comités que se repartieron el gobierno y administración de la república. Con este sistema, ciertamente, se hacía casi imposible la dictadura, pero también el gobierno, y en aquellos días precisamente era necesario gobernar, y lo que es el dictador nadie lo vería. El único hombre que hubiese podido aspirar á serlo era sólo Carnot, y Carnot nunca pensó en tal cosa.

«El gobierno,—dice Sybel,—era pues débil por

su organización, débil por la falta de principios sólidamente establecidos, débil por su ruptura con sus antiguos partidarios y débil por el desprecio de sus actuales aliados.»

Necesitábase un gobierno fuerte para prevenir la vuelta de la anarquía y de la tiranía, y se organizaba un gobierno incapaz de poder contener las algaradas reaccionarias de la juventud dorada, que lo

mismo en París que en provincias perseguía á todo lo que parecía ó era jacobino. De aquí que estos centros políticos y las secciones reclamaran incesantemente contra los aristócratas y los contrarrevolucionarios.

Este gobierno era imposible de organizar ¿pues cómo podían los que se consideraban como verdaderos triunfadores el 9 thermidor transigir ni unirse



Heroísmo del Vengador

con un Collot d' Herbois, un Billaud-Varennes ó un Barere?

Freron y Tallien eran en esto intratables. El primero porque no podía olvidar el asesinato de Camilo y de Lucila, el segundo porque su amante, la Teresa Cabarrus, á quien se llamó Nuestra Señora de Thermidor, le instaba para que no dejara á preso político alguno en las cárceles, y estos dos diputados eran á la sazón de los más escuchados.

Vino por fin el momento de hacer luz sobre la situación, y en la sesión del 19 de Agosto, Souchet uno de los que había pedido la prisión de Robespierre pidió justicia para los patriotas y el restablecimiento del terror. Charlier, otro montañés, le apoyó, hablando en igual sentido; pero la Convención casi en masa le contestó, «no, justicia para todo el mundo.»

—«No,—dijo Tallien,— nosotros pedimos un juicio severo contra todos los enemigos del país, pero ninguna otra distinción fuera de la que ha de existir entre los buenos y malos ciudadanos... Pedimos la libertad de la prensa para proteger la república y para pulverizar á los pillós; la libertad de la prensa ó la muerte.»

Habiase vuelto á las antiguas querellas y de momento en momento los ánimos ibanse enconando hasta el extremo de que los jacobinos creyeron poder permitirse una embajada á la Convención para pedir una lista nominal de los presos á quienes se había devuelto la libertad con los motivos de ella. Evidentemente esto era un escándalo y Merlin de Thionville que presidía, no dejó de contestar rudamente á los peticionarios, recordándoles que les convenía su sumisión á las leyes, pero Lecointre de